

SOBRE NAZIS Y NAZISMO EN LA CULTURA ARGENTINA;
de Ignacio Klich (comp.), Buenos Aires, Hispamérica/
Universidad de Maryland, College Park, 2002.

Graciela Ben Dror,
(Universidad de Haifa)

La compilación de Ignacio Klich, *Sobre nazis y nazismo en la cultura argentina* está compuesta por artículos de reconocidas firmas, que forman parte de las importantes investigaciones llevadas a cabo por la Comisión para el Esclarecimiento de las Actividades del Nazismo en Argentina (CEANA), creada en 1997 y cuyo mandato fue, sucesivamente, extendido hasta este año 2004. Sus cometidos fundamentales fueron y siguen siendo tres: 1. determinar si la Argentina fue receptora de bienes expropiados a las víctimas de nazis y colaboracionistas; 2. identificar a los criminales de guerra que se afincaron en el país y a los factores endógenos y exógenos que militaron en su favor; 3. evaluar el impacto que la ideología nazi y la afluencia de criminales y otros nazis tuvieron sobre la cultura, sociedad y los gobiernos argentinos, así como otros temas afines.

De corte interdisciplinario, el libro reúne ocho trabajos que abarcan tópicos que van desde el análisis de textos literarios e investigación histórica, hasta el estudio del comportamiento del poder judicial argentino durante las décadas críticas del nazismo y el peronismo. La mayoría de estos trabajos se basan en una amplísima gama de fuentes primarias no revisadas hasta el momento del surgimiento de esta Comisión académica. Una acotación previa: por la naturaleza de toda obra colectiva y

tratándose de artículos pertenecientes a diferentes géneros esta reseña no pretende tratar de manera equivalente a todos, y ello sin poner en tela de juicio, como se verá más abajo, la calidad de ninguno de los originales, importantes, novedosos y pioneros trabajos aquí presentes.

Abre este conjunto el artículo de Saul Sosnowski quien trabajando sobre el tema de las imágenes de guerra hace un aporte muy original cuando analiza los escritos de varios autores argentinos en su relación con el nazismo, la Segunda Guerra y las dictaduras militares más recientes, poniendo especial énfasis en Jorge Luis Borges, Griselda Gambaro, Manuel Puig, y Esteban Buch. Se trata de autores que no acataron el dictamen del mutismo impuesto durante un largo período de la historia argentina, que va desde la Segunda Guerra hasta el gobierno de facto más reciente. El autor demuestra que varios dejaron su impronta en la cultura al abrir paso a la verdad, aun en tiempos en los cuales la veracidad podía pagarse con la propia vida.

El artículo de Fernando Degiovanni sobre las revistas *Nosotros* y *Sur* analiza el tema de cómo la consolidación y expansión de regímenes totalitarios europeos durante la década del treinta y el estallido de la Segunda Guerra afectaron el imaginario argentino, específicamente de quienes

escriben con la sensación de que están enfrentados a una catástrofe inminente. Los interrogantes más cruciales eran los que tenían que ver con el temor de que América Latina fuese parte de una repartija del mundo entre nazis y aliados, y la cuestión, en ese caso, era si material y culturalmente el país estaría en condiciones de hacer frente al desafío. La evaluación de esas condiciones puso a los intelectuales argentinos frente a un dilema. Las revistas culturales *Nosotros* y *Sur* privilegiaron esta temática.

Leonardo Senkman traza un cuadro sobre el fascismo católico en Manuel Gálvez. A su criterio, Gálvez hizo un intento de síntesis entre el hispanismo católico tradicional con las ideas de la modernización del fascismo, o sea del nacionalismo autoritario, tomando elementos del fascismo europeo. Sin duda, el catolicismo de Gálvez era bien diferente a las ideas tradicionalistas del padre Juan Sepich o del padre Julio Meinvielle. Gálvez buscaba, según Senkman, una variante fascista adaptable a la Nueva Argentina, en la cual el catolicismo fuera parte integral de su cultura y moral.

Otra de las importantes connotaciones de Gálvez frente al catolicismo de esos años que señala Senkman (hecho no demasiado conocido entre los directamente afectados), es que, en la Argentina este escritor fue uno de los pocos que rechazó manifiestamente el antisemitismo. Como bien lo demuestra Senkman, Gálvez argumentó –no sólo en discusiones mantenidas con la revista nacionalista católica *Crisol*–, que «el verdadero fascista no es antisemita». Incluso en la importante pu-

blicación católica *Criterio*, ya al principio de los años '30, hubo artículos contra el antisemitismo. Cabe pensar que tomando en cuenta el ejemplo del fascismo italiano, el cual durante los primeros dieciséis años no adoptó medidas contrarias a los judíos, pero en julio de 1938 decretó las así llamadas leyes raciales (más debido a la propia voluntad de acercamiento de Mussolini a Hitler, que por reales convicciones antijudías, o por presiones de algún tipo), Gálvez podía tomar el ejemplo de un fascismo exento de actitudes antijudías. Esto quizás demuestre que Gálvez estuvo más influido por el fascismo genérico italiano que por el profascismo de la falange, en el que sacerdotes católicos militantes (que veían también la posibilidad de fusionar el catolicismo con las ideas de la falange) eran profundamente antijudíos. Esta mezcla de catolicismo y fascismo de la cual Gálvez parecía ser su portavoz estaba también imbuida de ideas sociales y concepciones de justicia social ya imperantes en la Iglesia, como las encíclicas papales de León XIII (1891) y Pío XI (1931), que abrían el camino a la llamada «Doctrina Social de la Iglesia».

Cristian Buchrucker, historiador del nacionalismo y del peronismo, se ocupa en su artículo de la cultura política argentina, analizando no sólo la influencia del nazismo alemán, sino de otros extranjeros que abogaban por la vuelta al Nuevo Orden europeo autoritario. Bajo el lema Nuevo Orden los nacionalistas de derecha entendían una concepción de mundo que incluía a la Alemania de Hitler, pero también a la Italia fascista, así como a movimientos

y regímenes autoritarios y conservadores, semifascistas, fundamentalmente el franquismo, el colaboracionismo francés y su variante belga, el rexismo.

Su trabajo se centra en el grado en que estos inmigrantes influyeron en la cultura política argentina, siendo su objetivo detectar a aquellos llegados al país luego de 1945, gente relacionada con las ciencias sociales y humanas, y su quehacer aquí. Se trata generalmente de europeos conservadores filonazis o filofascistas, por un lado, y por el otro de los más destacados receptores y simpatizantes locales de su mensaje. Buchrucker se pregunta: ¿cuáles fueron las figuras realmente importantes? ¿Cuáles fueron los matices de su prédica? ¿Qué canales de comunicación establecieron con la sociedad argentina? ¿Qué circunstancias y conexiones internacionales influyeron en sus actividades, así como cuáles fueron las organizaciones locales más receptivas a su prédica?

El autor enfatiza dos tipos de agrupamientos: aquellos de habla alemana, con sus instituciones y prensa, y los latinos, nucleados en diversas entidades, organizaciones y publicaciones, la principal de ellas en castellano. Luego de analizar los principales personajes y vehículos de expresión de ambos, el autor estudia las influencias del racismo centroeuropeo en la universidad argentina, a través de algunos académicos que se incorporaron a ella, las relaciones y redes internacionales de estos grupos, los temas ideológicos tratados por los mismos, las influencias, coincidencias y divergencias entre ellos, los centros de recepción y difusión de sus ideas, las apo-

logías y debates del nacionalismo restaurador, la extrema derecha durante la Guerra Fría, así como la recepción y polémicas en el peronismo.

Entre las conclusiones de Buchrucker se destacan: 1. La estrategia de máxima era el nacimiento de un polo ultraderechista de relevancia mundial. Para el autor, los residentes en la Argentina crearon uno de los nudos de esas redes internacionales, pero no eran la cabeza de la Internacional Negra o de un Cuarto Reich mencionados por algunos medios. 2. La opción de mediano alcance, la asociación con proyectos autoritarios locales, fue visible en las décadas del '60 y del '70. 3. La estrategia de mínima pretendía la conservación de un lugar en la cultura antimoderna del país, la cual tendió a convertirse en línea predominante durante los regímenes militares de Juan Carlos Onganía y los gobernantes de 1976 a 1983.

Según Buchrucker, la vinculación entre los «nostálgicos» europeos del Nuevo Orden y la cultura política argentina fue un fenómeno de mediana importancia, ni insignificante ni tan omnipresente como sostuvieron optimistas y pesimistas. Los autores de la ultraderecha argentina escribieron pocas obras y casi nada sobre historia y política mundial, de ahí que los «nostálgicos» latinos aportaran ciertas contribuciones, pero en ningún caso escribieron sobre lo que ellos vivieron durante la Segunda Guerra, lo cual hubiera sido un aporte real, ya que no estaban perseguidos por la justicia de sus respectivos países, vale decir no pertenecían a la categoría de criminales de guerra o de

lesa humanidad. Sobre la cuestión del nacionalsocialismo y su influencia luego de 1945, sería una burda manipulación darle una importancia capital. La preexistencia del antisemitismo en la Argentina y el posterior caso Eichmann, con el activismo de Tacuara, deben ser tenidos en cuenta como factores influyentes. Lo que resulta claro según el autor es que el efecto del periodismo, la producción bibliográfica y la docencia universitaria de los latinos, excepción hecha del austriaco Osvaldo Menguin, contribuyeron a debilitar los conocimientos y crítica que se hubiesen necesitado para reducir los rebrotes judeofóbicos en la Argentina.

El constitucionalista Daniel Sabsay y una de sus discípulas, Andrea Pochak, analizan la influencia del pensamiento nazi en la jurisprudencia de los tribunales federales argentinos durante el período 1933-1958. Se trata, sin lugar a dudas, de un enfoque muy novedoso dentro del marco de las investigaciones realizadas sobre estos temas. Su originalidad reside, entre otros méritos, en la perspectiva otorgada al punto de vista judicial, tomando como marco de referencia una enorme cantidad de fallos pronunciados durante un período que abarca el ascenso, consolidación y caída del régimen nazi en Europa, del peronismo y sus inmediatos sucesores en la Argentina. Los autores se preguntan cuáles fueron los valores y criterios ideológicos que tuvieron en cuenta los magistrados, que se traslucen en sus fallos, en el momento de la toma de decisiones. Los principales temas de posible influencia nazi que fueron tomados en cuenta son

la intolerancia al extranjero, así como la influencia de la eugenesia, «ciencia» que estudia el mejoramiento de la raza (y que fue un movimiento de gran prestigio a principios y a mediados de siglo, no solamente en Alemania, también en otros países, por ejemplo Brasil, independientemente de su beligerancia proaliada durante gran parte de la guerra). Como bien dicen los autores, no se puede identificar eugenesia con racismo, más lo cierto es que la teoría nazi se sirvió de los estudios eugenésicos.

Sus conclusiones son que a pesar del hecho de que hubo fallos otorgados bajo el signo de la mentalidad e ideología autoritaria propias de la época no puede deducirse de ellos que el Poder Judicial estuviera impregnado de estas ideas, ni que fueran éstos los fallos más representativos de la época en Argentina. En resumen Sabsay y Pochak concluyen que: la persecución de los judíos no fue generalizada, que la ideología nacionalsocialista está presente en fallos que afectan tanto a judíos como a no judíos, y que tal modo de fallar no fue de manera alguna unánime. En la mayoría de los dictámenes se tomaba en cuenta la tolerancia y la igualdad. De ninguna manera se puede decir que el Poder Judicial se volcará en bloque en favor del nazismo. En la década del '30 y del '40 se perciben más esas ideas, que dejan de ser prevaletientes luego de la caída del nazismo.

Tratándose de un estudio pionero, es interesante comprobar que los autores ven en las ideas autoritarias, de falta de tolerancia al extranjero, o las eugenésicas,

influencias del nazismo. Pero cabe preguntarse si no se trataba de ideas provenientes de la exaltación del autoritarismo y el fascismo de la época y si esas ideas visualizadas en los fallos no provenían de otras influencias autoritarias, tales como el fascismo, la falange, o el integralismo brasilero y portugués, por citar algunas de las más cercanas a la cultura argentina.

El artículo historiográfico de las relaciones internacionales de la Argentina del período 1930-1955, de María Inés Barbero y Marcelo Rougier, es sin duda una valiosa contribución crítica a la historiografía argentina y extranjera dedicada a las relaciones internacionales de la Argentina durante la Segunda Guerra y posguerra. Por la naturaleza del tema elegido, no se trata aquí de una investigación basada en fuentes primarias, que es la característica de todos los artículos de este compendio, sino una visión historiográfica y cronológica, crítica de lo escrito hasta el momento. No por ello el trabajo deja de ser original. Por el contrario, los autores realizan un relevamiento sistemático de todo lo publicado en la Argentina y en el exterior dando así una visión muy completa de lo investigado sobre el tema hasta el presente.

María Inés Tato y Luis Alberto Romero abordaron el tema de la prensa periódica, tomando en cuenta los principales diarios y revistas argentinas de la época, desde la subida del nazismo en 1933, hasta su derrota en 1945. Los autores se interrogan cómo fue visto el nazismo en la Argentina y se refieren tanto a cuestiones de información como de percepción. De este análisis puede visualizarse un cuadro en el cual por un

lado hay grandes diferencias entre diarios de corte conservador y liberal, y aquellos menos importantes en los cuales la larga mano de la embajada alemana ya había ubicado su propaganda. Pero, a pesar de la diversidad de criterios ideológicos y de la gran variedad de gamas políticas, hasta el estallido de la guerra en 1939 las posiciones de la prensa argentina no fueron demasiado definidas, ni sensibles al peligro nazi (fuera del diario *Crítica*). Tampoco comienza en esta época la demonización de Hitler. Esas posturas políticas parecen perfilarse con más nitidez con el ingreso de los Estados Unidos en la guerra.

Aun así, los conceptos de nazismo y fascismo no son distinguidos con claridad en esos medios, usándose uno u otro en muchos casos indiferentemente. Mientras los liberales definían al comunismo, fascismo y nazismo bajo el rótulo de «totalitarismo», esto recién cambió luego del ataque alemán a la Unión Soviética y la entrada de esta última en la guerra del lado aliado. El tópico anticomunista se evidenció muy tempranamente, desde 1933. *Crítica* fue también en este sentido una excepción a la regla, ya que coincidiendo con los socialistas tomó una postura de oposición al nazismo desde un primer momento y englobó al nazismo bajo el rótulo de fascismo. Esta posición coincidía con aquella tomada por la Unión Soviética, que veía en el nazismo una variante del fascismo.

Como lo señalan Tato y Romero, paulatinamente todo el mundo en la Argentina se fue alineando. La prensa reflejaba ese alineamiento, a medida que la opinión pública se iba polarizando. El régimen nazi

hizo algunos intentos poco efectivos de construir una imagen favorable, pero sus enemigos lograron brindar una imagen demonizada de Hitler y sus secuaces. En sus conclusiones los autores ven en el estallido de la guerra la primera divisoria de aguas, que se agudiza después de Pearl Harbor. En los años '30 el nazismo fue visto primero como un fenómeno exótico y catalogado como fascismo o totalitarismo; con la guerra es cuando la prensa mayoritaria argentina se alineó con la causa del antifascismo. De ahí que sólo la extrema derecha autoritaria quedara del lado opuesto.

Este artículo, tal como sus autores lo definen, analiza los medios mayoritarios, sin considerar otros de circulación más restringida. Aun así, es interesante destacar que la prensa católica, como *Criterio* y *El Pueblo*, tomó posiciones diferentes, más cercanas al neutralismo de la extrema derecha (por razones ideológicas y no económicas que animaban al gobierno) hasta enero de 1944, para luego alinearse con las políticas oficiales.

Finalmente, Ignacio Klich, compilador y coordinador académico de la CEANA, analiza el caso Eichmann en su trabajo. Se trata de un extenso y minucioso artículo donde el autor estudia las motivaciones de la «desmemoria» argentina frente al caso Eichmann, que dio lugar a pocos trabajos bibliográficos en general, y exentos de un cariz académico en particular. De ahí que su investigación se propuso fundamentalmente tres objetivos: el primero «rescatar del cajón del olvido una fracción de esa bibliografía, separando lo verificado del

resto»; el segundo «analizar las reacciones argentinas y otras al secuestro de Eichmann, incluyendo el deterioro de las relaciones argentino-israelíes», y en tercer lugar «explicar la refractariedad a abordar el estudio de la actuación argentina».

Basándose en una vasta cantidad de fuentes periodísticas, memorias de actores del rapto y allegados, así como de testimonios de personalidades argentinas y otros conocedores del evento, Klich va demostrando, paso a paso, la veracidad o no de tales fuentes que, en muchos casos, cuando resultan incompatibles con otras, son tendenciosas, producto de la propia naturaleza emocional que a veces sobrepasa a una narrativa más próxima a los hechos. Muchas de esas fuentes no siempre son fiables, y como explica el autor respetuosamente «los historiadores prefieren contar con utensilios mejores». Salvar tales escollos no es tarea fácil, de ahí que en el caso de fuentes primarias el autor recurriera fundamentalmente a las importantes fuentes orales y periodísticas antes mencionadas, no usadas sistemáticamente antes.

Del trabajo detallado surge una serie de temas, polémicos algunos, y la violación de la soberanía argentina por parte del Estado de Israel es puesta sobre la mesa del cirujano, sin anestesia ni paliativos. El artículo analiza, desde los primeros momentos del rapto, la reacción del gobierno argentino, condicionada por la actitud de la familia Eichmann que no dio aviso inmediato a la policía sobre la desaparición, y las posturas de los representantes israelíes y judíos, señalando buenas y malas fuentes. No

obstante, sin desmerecer la importancia de los recursos orales o el relevamiento en profundidad de la prensa argentina, Klich cautelosamente sostiene que la palabra final quizás pueda ser dada luego de la apertura de nuevas fuentes argentinas y extranjeras, que ayuden a dilucidar lo que aún queda sumido en lo nebuloso. El secuestro causó una variada gama de consecuencias no previstas por sus autores intelectuales. Entre otras, Klich señala que la captura no fue un hecho intrascendente para el Estado de Israel, que por primera vez pudo detener y enjuiciar a uno de los mayores responsables del genocidio nazi. Causó bastante revuelo nacional e internacional, desembocando en el deterioro de las relaciones entre ambos Estados y en una censura del Consejo de Seguridad a Israel. El autor trae a colación consecuencias seguramente no buscadas por los secuestradores, como ser que el caso Eichmann debilitó a un gobierno electo y lo dañó políticamente, dando pie a presiones castrenses sobre Frondizi por haber sido violada la soberanía nacional. Otro corolario del secuestro fue una ola antijudía, de mayor virulencia que la previamente existente en Argentina, orquestada desde algunos sectores de la derecha radical antijudía. Del otro lado, por primera vez desde la presidencia de Juan Perón, Argentina fue nuevamente señalada como guarida de criminales de guerra.

Asimismo, para Klich, la refractariedad de todos los gobiernos argentinos, no sólo el de Frondizi, a conceder extradiciones de los acusados por cometer crímenes en la Segunda Guerra no puede explicarse so-

lamente, en base a una histórica presencia de la derecha nacionalista en la Cancillería. La actitud argentina estaba a tono con la de otros países aliados o neutrales durante la guerra y con la evolución del derecho internacional. El trasfondo de la captura está dado por los criminales de guerra y otros nazis y colaboracionistas de distintas nacionalidades que llegaron a la Argentina después de la guerra.

En lo referente a la cantidad de los que entraron y despertaron la atención de distintos países que los reclamaron y fueron identificados por la CEANA este número sube a 180 con nombre y apellido, que, como lo asevera el autor, forman parte de una cantidad superior, aunque no de las decenas de miles que terminaron por dar lugar a una mitificación interesada y no revisada. Los identificados por la CEANA llegaron a la Argentina con papeles de tres tipos: de la Cruz Roja, de terceros países, y de sus países de origen. A pesar de que Klich supone que llegaron más del número detectado, pero no tantos como se ha pretendido magnificar, el tema fundamental radica según él no tanto en la cantidad como en la «importancia de los acogidos».

En sus conclusiones Klich cifra ciertas expectativas en la desclasificación de las distintas memorias que Eichmann escribió en Argentina e Israel, pero es más escéptico a propósito de la eventual eliminación del secreto que recubre los interrogatorios a los que éste fue sometido en Buenos Aires por sus captores. A su juicio, éstos agregarían elementos para corroborar las afirmaciones de peso de

uno de los implicados israelíes en el rapto, Zvi Aharoni, cuyas memorias son para Klich, con todas las limitaciones de quienes actúan en la esfera de la inteligencia de cualquier país, de las más fiables.

Varias son las conclusiones de contenido y de problemática metodológica que surgen de las fuentes con las que Klich se vio obligado a trabajar para este artículo con una rica dote de información, sugerencias y temática abordada. Según su criterio el punto más débil de la bibliografía sobre Eichmann es, sin lugar a dudas, su dimensión argentina. Klich señala que el influjo de los criminales nazis y colaboracionistas fue tolerado, y a veces alentado por la esfera oficial. Esto, sumado a la reticencia de conceder extradiciones (que fue característica de los gobiernos argentinos hasta la década del '60, y más específicamente del '80), no le agregó prestigio a la Argentina en el ámbito internacional. Adicionalmente, aún se carece de fuentes que puedan probar que Perón solicitó el ingreso de Eichmann al país. También es factible que para Perón, así como para Frondizi, Eichmann fuera un desconocido, tal como lo fue para otros hasta su captura. Por otra parte tampoco puede ser ignorada la lesión israelí a la soberanía argentina, que hace pensar que los responsables de la inteligencia argentina no estaban bien informados. Aun así, las fuentes de Klich lo llevan a

aseverar que posiblemente Eichmann jamás hubiera sido juzgado de no haber sido raptado. De ahí que la combinación de ignorancia y prejuicios fueran pautas de comportamiento de quienes han tratado de descodificar este caso, en el cual reconociendo todo lo recabado aún faltan, insiste el autor, elementos que ratifiquen las opiniones de los entrevistados. La Argentina, según Klich, parece haber actuado en forma improvisada luego del rapto. Aun si Frondizi buscó defender el interés nacional con dignidad, actuó con flexibilidad tomando en cuenta costos y beneficios, y entendió que no podía seguir pidiendo la devolución de Eichmann ante una opinión pública internacional adversa. Por otra parte Frondizi negó la existencia de más nazis en el país. Todo lleva al autor acertadamente a subrayar que el historiador serio no puede lanzarse, como lo han hecho muchos periodistas, a emitir juicios sin fundamentos suficientes, o simplemente infundados.

En suma, este libro representa un aporte cualitativo de primera índole para el estudio de temáticas relacionadas al ingreso de los nazis y colaboracionistas a la Argentina luego de la Segunda Guerra, así como la medida de su inserción en la cultura política y su impronta en la sociedad y cultura argentinas.